

nombre de *algonquines*, pueblo guerrero y cazador á la vez, cuya dominacion se extendia por un inmenso pais, despreciaron á los hurones, nacion viajera, cuyas cosechas compraban. Sucedió que los algonquines invitaron á una caceria á algunos jóvenes iroqueses, y estos se distinguieron de tal suerte que celosos los algonquines los destrozaron.

Los iroqueses corrieron á las armas por la primera vez, para vengar á sus compañeros, y aunque sufrieron una derrota, resolvieron perecer todos ó conquistar su libertad. Un genio guerrero, hasta entonces para ellos desconocido, se desplegó repentinamente, y desafiando á su vez á los algonquines, estos se aliaron con los hurones de cuya raza eran originarios los iroqueses. Precisamente en el momento mas rudo de aquella querrela, fue cuando Jacobo Cartier y en seguida Champlain, abordaron al Canadá, y unidos los algonquines á los extranjeros, los iroqueses estuvieron con los franceses, los algonquines y los hurones.

No tardaron en llegar los holandeses á Manhatta (Nueva-York), y los iroqueses, que solicitaron la amistad de aquellos nuevos europeos, se procuraron armas de fuego, y al poco tiempo se hicieron tan hábiles en el manejo de ellas como los blancos mismos. No hay ejemplo entre los pueblos civilizados de una guerra tan larga y tan implacable como la que hicieron los iroqueses á los algonquines y á los hurones; esta lucha, que duró mas de tres siglos, concluyó con el exterminio de los algonquines, y los hurones reducidos á una pequeña tribu, tuvieron que acogerse á la proteccion del cañon de Quebec. La colonia francesa del Canadá, en el momento mismo de sucumbir á los ataques de los iroqueses, debió únicamente su salvacion á un cálculo político de estos salvajes extraordinarios (1).

Probable es que los indios del Norte de América fuesen gobernados primeramente por reyes, como los habitantes de Roma y Atenas, y que estas monarquías se cambiaran á poco en repúblicas aristocráticas, hallándose en las principales poblaciones huronas é iroquesas, familias nobles ordinariamente en número de tres. Estas familias eran el tronco de las tres tribus principales, una de las cuales gozaba de una especie de preeminencia, llamándose *hermanos* los miembros de esta primera tribu, cuando los de las otras dos se llamaban *primos*.

Estas tres tribus llevaban el nombre de tribus huronas, y se distinguían con el título de tribu de la Cabra, tribu del Lobo, y tribu de la Tortuga: esta se subdividía en dos ramas, la grande y la pequeña Tortuga.

El gobierno, extremadamente complicado, se componía de tres consejos, á saber: el consejo de los asistentes, el de los ancianos, y el de los guerreros en estado de llevar las armas; es decir, el grueso de la nacion.

Cada familia enviaba un diputado al colegio de los asistentes, y era nombrado por las mujeres, que frecuentemente elegían una de ellas para representarlas. El consejo de los asistentes era el supremo, y en su consecuencia, el primer poder pertenecía á las mujeres de las que los hombres solo eran lugar-tenientes. Esto no obstante, el consejo de los ancianos pronunciaba en definitiva, y ante él se presentaban en apelacion las deliberaciones del consejo de los asistentes.

(1) Ya hemos visto que otras tradiciones consideran á los iroqueses como una columna de aquella emigracion de los leniánapos venidos de las costas del Océano Pacífico; y en este caso, esta columna de los iroqueses y de los hurones, habría espulsado á las poblaciones del Norte del Canadá, entre las cuales se hallaban los algonquines, al paso que los indios delaware, inclinándose mas al Sur, descenderían hasta el Atlántico, dispersando los pueblos primitivos establecidos el Este y Oeste de los Alleghanys.

Los iroqueses habian imaginado no debían privarse de la asistencia de un sexo, cuyo talento sutil é ingenioso es fecundo en recursos, y sabe obrar sobre el corazon humano; pero habian calculado tambien que las determinaciones de un consejo de mujeres podrian ser apasionadas; y para evitar este inconveniente, determinaron fuesen templadas y como atenuadas aquellos acuerdos por el juicio de los ancianos. Este consejo femenino se hallaba tambien entre los galos.

El segundo consejo, ó sea el de los ancianos, era el moderador entre el consejo de los asistentes y el compuesto de la masa de los guerreros jóvenes.

No todos los miembros de estos tres consejos gozaban del derecho de tomar la palabra, pues ciertos oradores elegidos por cada tribu y que hacían un estudio particular de la política y la elocuencia, discutían en los consejos los asuntos de Estado.

Esta costumbre, que sería un obstáculo á la libertad en los pueblos civilizados de Europa, era una medida de orden para los iroqueses, que no sacrificaban la libertad particular á la general; y tanto era así, que ninguno de los miembros de estos tres consejos se creía comprometido individualmente por la deliberacion de los mismos, no habiéndose sin embargo verificado un caso en que un guerrero hubiera rehusado someterse.

La nacion iroquesa se dividía en cinco cantones, independientes unos de otros. Estos cantones podían por lo tanto contratar la paz ó la guerra separadamente; y en semejantes circunstancias los cantones que permanecían neutrales les ofrecían sus buenos servicios.

Los cinco cantones nombraban de tiempo en tiempo diputados, que renovaban la alianza general, y en aquella dieta, celebrada en medio de los bosques, se trataban algunas veces grandes empresas para el honor y seguridad de toda la nacion. Cada diputado pronunciaba un discurso relativo al canton que representaba, y se deliberaba sobre los medios de prosperidad comun.

Los iroqueses eran tan famosos por su política como por sus armas. Colocados entre los ingleses y los franceses, descubrieron bien pronto la rivalidad de estos dos pueblos, y comprendieron que serían buscados por el uno ó por el otro. En esta persuasion se aliaron con los ingleses, no porque los apreciaran, mas que á los franceses, sino porque estos se habian unido; como ya hemos dicho, á los algonquines y hurones. Esto no obstante, los iroqueses no deseaban el completo triunfo de uno de los dos partidos extranjeros; y así fue, que cuando se preparaban á dispersar la colonia francesa del Canadá, una orden del consejo de los saquems detuvo al ejército y le obligó á retroceder; al paso que cuando los franceses vieron el momento oportuno de conquistar la Nueva-Jersey, y echar de ella á los ingleses, los iroqueses hicieron marchar á sus cinco naciones en auxilio de los ingleses, y los salvaron.

El iroqués nada tenia de comun con el huron mas que la lengua: el huron era alegre, de talento, voluble, de un valor brillante y temerario, y de una talla elevada y elegante.

El iroqués, por el contrario, era de vigorosa estatura, pecho ancho, piernas musculares y brazos nervudos. En los grandes ojos redondos del iroqués brillaba la independencia, y su aspecto era el de un héroe, resplandeciendo en su frente las elevadas concepciones del pensamiento y los nobles sentimientos del alma. Aquel hombre intrépido no se admiró de las armas de fuego, cuando las vió usadas contra él la primera vez, y firme al silbido de las balas y al estruendo del cañon, como si estuviera acostumbrado á oírlos toda su vida, no hizo mas aprecio de él que del rumor de la borrasca. Tan pronto como pudo procurarse un mosquete, se sirvió de él mejor que el europeo, y sin abandonar

por eso el rompe-cabezas, el cuchillo, el arco y la flecha, agregó á estas armas la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, pareciendo no haber nunca bastantes armas para su valor. Doblemente adornado con los instrumentos mortíferos de la Europa y de la América, con su cabeza adornada de penachos, con sus orejas recortadas, su rostro pintarrajado de negro y sus brazos tintos en sangre, aquel noble campeón del Nuevo-Mundo, se mostró tan formidable á la vista como en el combate, en el terreno que defendió palmo á palmo contra el extranjero.

La virtud del iroqués se cifraba en la educacion; un joven jamás se sentaba en presencia de la ancianidad, pues el respeto á la edad era semejante al que Licurgo creó en Lacedemonia. La juventud se acostumbraba á sufrir las mayores privaciones y á arrostrar los mas inminentes peligros; y largos ayunos ordenados por la política en nombre de la Religion, cacerías peligrosas, continuos ejercicios de armas, y varoniles juegos dieron al iroqués un carácter que tenía mucho de indomable. Veíase reunirse con frecuencia á los mancebos, y juntando sus brazos, que sujetaban con ligaduras, ponían sobre ellos un carbon encendido para ver quien resistía mas tiempo el dolor.

Si una joven cometía una falta y su madre la arrojaba agua al rostro, esta sola reprimion bastaba para que la castigada se estrangulase.

El iroqués despreciaba el dolor como la vida, y mas de una vez se vió arrostrar el furor de las llamas de la hoguera á un saquem de cien años y excitar á los enemigos á redoblar su crueldad, desafiándoles á que le hicieran exhalar un suspiro. Esta magnanimidad de la vejez tenía por objeto dar nobles ejemplos á los guerreros jóvenes, y enseñarles á ser dignos de sus padres.

Todo participaba de la grandeza de aquel pueblo, y hasta su lengua, casi toda aspirada, encantaba el oído. Cuando un iroqués hablaba, se hubiera creído escuchar un hombre que expresándose con esfuerzo, pasaba sucesivamente de las entonaciones mas graves á las mas agudas.

Tal era el iroqués, antes que la sombra y la destruccion de la civilizacion europea se hubiesen extendido sobre él.

Aunque he dicho que el derecho civil y criminal son casi desconocidos á los indios, el uso ha suplido en algunos lugares á la ley.

El asesinato, que entre los francos se rescataba mediante una compensacion pecuniaria, relativa al estado de las personas, entre los salvajes no se compensaba sino con la muerte del matador. En la Italia de la edad media, las familias tomaban á su cargo los hechos y causas de cuanto concernía á sus miembros; y de aquí aquellas venganzas hereditarias que dividían la nacion cuando las familias eran poderosas.

En los pueblos del Norte de la América, la familia del homicida no toma á su cargo el defenderle, mientras que los parientes del muerto, creen un deber vengarle. El criminal á quien la ley no amenaza, pero á quien tampoco defiende la naturaleza; no encontrando asilo ni en los bosques donde los aliados del muerto le persiguen, ni en las tribus extrañas que le entregarian, ni en su hogar doméstico, que no le salvaría, se hace tan miserable, que un tribunal vengador sería un bien para él. Allí á lo menos habría una forma, una manera de condenarle ó de satisfacerle, porque si la ley hiera, conserva, como el tiempo que siembra y siega. El matador indio, decaído á consecuencia de su vida errante, y no hallando familia pública que le castigue, se entrega en manos de una familia particular que le inmola: en defecto de la fuerza armada, el crimen conduce al criminal á los pies del juez y del verdugo.

El asesinato involuntario se expiaba algunas veces con presentes. Entre los abenakis la ley ordenaba se pusiese el cuerpo del hombre asesinado en una especie

de zarzos al aire libre, y que el asesino atado á un poste fuese condenado á tomar su alimento y á pasar muchos dias en aquel pilar de la muerte.

ESTADO ACTUAL DE LOS SALVAJES

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

Si presentase al lector este cuadro de la América salvaje como la imagen fiel de lo que existe hoy, le engañaría: he pintado lo que fue, mas bien que lo que es. Hállanse sin duda aun muchos rasgos del carácter indio en las tribus errantes del Nuevo-Mundo, pero el conjunto de las costumbres, la originalidad de los trajes, la forma primitiva de los gobiernos, el genio americano en fin, ha desaparecido. Despues de haber contado lo pasado, me resta, para completar mi trabajo, trazar lo presente.

Aun despues de cercenado el relato de los primeros navegantes y colonos que reconocieron y desmontaron la Luisiana, la Florida, la Georgia, las dos Carolinas, la Virginia, el Maryland, la Delaware, la Pensilvania, la Nueva-Jersey, la Nueva-York, y todo lo que se llama Nueva-Inglaterra, la Acadia y el Canadá, no se podría evaluar la poblacion salvaje, comprendida entre el Misisipi y el rio San Lorenzo en el momento del descubrimiento de aquellas comarcas, en menos de tres millones de hombres.

Hoy la poblacion india de toda la América Septentrional, no comprendiendo en ella ni los mejicanos, ni los esquimales, apenas se eleva á cuatrocientas mil almas. La rectificacion del censo de los pueblos indigenas de aquella parte del Nuevo-Mundo no se ha hecho todavía, y voy á hacerla. Muchos hombres y muchas tribus no responderán á mi llamada; pero, último historiador de aquellos pueblos, voy á abrir su registro mortuario.

En 1534, á la llegada de Jacobo Cartier al Canadá, y en la época de la fundacion de Quebec por Champlain en 1608, los algonquines, los iroqueses y los hurones con sus tribus aliadas ó dependientes, á saber los etcheminos, los suriqueses, los bersiamitas, los papinacletas, los montañeses, los atikamegas, los nipisingos, los temiscaminos, los anikués, los cristinales, los asiniboles, los puteuatamis, los nokais, los otchagras, y los miamis, armaron cerca de cincuenta mil guerreros, lo que supone una poblacion salvaje de cerca de doscientas cincuenta mil almas. Al decir de Laboutan, cada una de las cinco grandes ciudades iroquesas encerraba catorce mil habitantes. Hoy no se encuentran en el Bajo-Canadá mas que seis aldeas de salvajes convertidos al Cristianismo: los hurones de Corette, los abenakis de San Francisco, los algonquines, los nipisingos, los iroqueses del lago de las Dos-Montañas, y los osuecaguas, débiles restos de muchas razas que no existen, y que han sido recogidos por la Religion, ofrecen la doble prueba de su poder, que tiende á conservar, y del de los hombres, que tiende á destruir.

El resto de las cinco naciones iroquesas está enclavado en las posesiones inglesas y americanas; y el número total de los salvajes que acabo de nombrar asciende á mas de dos mil quinientas ó tres mil almas.

Los abenakis, que en 1587 ocupaban la Acadia (hoy la Nueva-Brunswick y la Nueva-Escocia); los salvajes del Maine, que destruyeron todos los establecimientos de los blancos en 1575, y que continuaron sus devastaciones hasta 1748; las mismas hordas que hicieron sufrir igual suerte á Nueva-Hampshire, los wampanoagas y los nipmucks que presentaron una especie de batallas en buen orden á los ingleses, sitiaron á Hadley y asaltaron á Brokfield, en el Massachusetts; los indios que en los mismos años de 1673 y 1675 combatieron á los europeos; los pe-

quots del Connecticut; los indios que negociaron la cesion de una parte de sus tierras con los Estados de Nueva-York, de Nueva-Jersey, de la Pensilvania y de la Delaware; los piscataways del Maryland; las tribus que obedecian á Powohatan en la Virginia; y los parastis, en las Carolinas, todos han desaparecido (1).

De las numerosas naciones que encontró Fernando de Soto en las Floridas (comprendiendo bajo este nombre todo el territorio que constituye hoy los Estados de la Georgia, de la Alabama, del Misisipi y del Teneseo), no quedan ya mas que los creeks, los queeroqueses y los chicasas (2).

Los creeks, cuyas antiguas costumbres he pintado, escasamente podrian poner en pié de guerra, en este momento, dos mil guerreros; y de los vastos países que les pertenecian no poseen ya mas que unas ocho mil millas cuadradas en el Estado de Georgia, y un territorio próximamente igual en la Alabama. Los queeroqueses y los chicasas, reducidos á un puñado de hombres, viven en un ángulo de los Estados de Georgia y de Teneseo, ocupando los últimos las dos riberas del rio Hiwassee.

A pesar de su debilidad, los creeks han combatido valerosamente á los americanos en los años 1813 y 1814, habiéndoles hecho experimentar grandes pérdidas los generales Jackson, Wite, Clayborne y Floyd en Talladega, Hillabes, Autosea, Bacanachaca, y sobre todo en Entonopeka. Estos salvajes hicieron progresos en la civilizacion y especialmente en el arte de la guerra, empleando y dirigiendo muy bien la artilleria; y hace algunos años que juzgaron y dieron muerte á uno de sus Micos, por haber vendido tierras á los blancos sin participacion del consejo nacional.

Los americanos, que codician el rico territorio donde viven aun los muscogulgos y siminoles, han querido forzarles á cedérselos por una suma determinada, proponiéndoles transportarlos en seguida al Occidente del Misisipi. El Estado de Georgia ha pretendido haber comprado aquel territorio, y aun cuando el congreso americano ha puesto algun obstáculo á aquella pretension, tarde ó temprano los creeks, los queeroqueses y los chicasas, estrechados entre la poblacion blanca del Misisipi, del Teneseo, de la Alabama y de la Georgia, se verán obligados á sufrir el destierro ó el exterminio.

Las naciones que vagaban todavía en el valle del Ohio á lo largo de este rio y sus afluentes, se sublevaron en 1810 contra los americanos, poniendo á su cabeza un juglar ó profeta que anunciaba la victoria, mientras su hermano, el famoso Thécumseh, combatia: tres mil salvajes se reunieron para recobrar su independencia. El general americano Harrison marchó contra ellos con sus tropas, y los encontró al fin el 6 de noviembre de 1811 en la confluencia del Tipacanoé y del Wabash. Los indios animados por su gefe Thécumseh, que desplegó un habilidad extraordinaria, mostraron el mayor valor; pero apesar de sus esfuerzos quedaron vencidos.

La guerra de 1812 entre americanos é ingleses, renovó las hostilidades en las fronteras del desierto, y los salvajes haciendo casi todos causa comun con los ingleses, vieron á su gefe Thécumseh pasar á su ser-

...

(1) La mayor parte de estos pueblos pertenecian á la gran nacion de Ilenilenapos, cuyas ramas principales eran los iroqueses y los hurones, al Norte, y los indios delaware, al Meil odia.

(2) Puede consultarse con éxito para todo lo relativo á la Florida, una obra titulada: *Vista de la Florida occidental, conteniendo su geografia, su topografia, etc., seguida de un apéndice acerca de sus antigüedades, los títulos de concesion de las tierras y de los canales, y acompañada de un mapa de la costa y de los planos de Pensacola y de la entrada del puerto.* Filadelfia, 1817.

vicio y ponerse á las órdenes del coronel inglés, Proctor, que dirigia las operaciones. Las bárbaras escenas de los antropófagos se repitieron en Cikago y en los fuertes de Meigs y Milden, habiéndose llegado á devorar el corazon del capitán Wells en un banquete de carne humana. El general Harrison se apresuró á castigar tales desórdenes, y batió á los salvajes en la pelea del Thames, donde pereció Thécumseh y de cuya carniceria se salvó el coronel Proctor, merced á la velocidad de su cabalgadura.

Concluida la paz entre los Estados-Unidos y la Inglaterra en 1814, quedaron determinados definitivamente los límites de ambos imperios, habiendo asegurado su dominio los americanos sobre los salvajes con una linea de puestos militares.

Desde la embocadura del Ohio hasta el salto de San Antonio, en el Misisipi, se hallan situados los saukis en toda la márgen occidental de este último rio, elevándose su poblacion á cuatro mil ochocientas almas; las de los *renards* y *winebegs* ascienden á mil seiscientas; cada una; y la de los menomones á mil doscientas. Los illineses son el tronco de estas tribus.

Después de estos vienen los sioux, de raza mejicana, divididos en seis naciones, de las cuales la primera habita en la parte alta del Misisipi, y la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta ocupan las orillas del rio San Pedro, extendiéndose la sexta hácia el Misisipi. La poblacion de estas seis naciones siouesas se evalua en cerca de cuarenta y cinco mil almas.

Detrás de los sioux y acercándose al Nuevo-Méjico, se hallan algunos restos de los osagos, de los cansas, de los octotatas, de los maototatas, de los ajoués y de los panis.

Los assiboinos andan errantes bajo diferentes nombres, desde las fuentes septentrionales del Misisipi al gran rio Rojo, que se precipita en la bahía de Hudson: su poblacion asciende á veinte y cinco mil almas.

Los cipawais, de raza algonquina, y enemigos de los sioux, cazan, en número de tres ó cuatro mil guerreros, en los desiertos que separan los grandes lagos del Canadá, del lago Winnipeg.

Estas son las noticias mas positivas que se tienen de la poblacion de los salvajes de la América septentrional; y aun cuando se unan á estas tribus conocidas, las menos frecuentadas que viven en la parte mas allá de las montañas Rocalosas, con dificultad tendrán los cuatrocientos mil individuos mencionados al principio del censo, habiendo viajeros que no dan mas que cien mil almas á la poblacion india del lado aquende de las citadas montañas, y cincuenta mil á la del lado allende de las mismas, incluso los salvajes de la California.

Empujados por las poblaciones europeas hácia el Nor-Oeste de la América Septentrional, las poblaciones salvajes fueron á espirar impulsadas tal vez por un destino singular, en la playa misma en que desembarcaron en siglos desconocidos, para tomar posesion de la América. En la lengua iroquesa los indios se daban el nombre de *hombres de siempre* ONGUE-ONQUE. Estos *hombres de siempre* han pasado, y el extranjero no dejará bien pronto á los legítimos herederos de todo un mundo, mas que la tierra de su sepulcro.

Conocidas son las razones de esta horrible despoblacion: el uso de los licores fuertes, los vicios, las enfermedades, y las guerras que hemos multiplicado entre los indios, han precipitado la destruccion de estos pueblos; pero no es enteramente cierto que el estado social, estableciendo sus reales en las selvas, haya sido una causa eficiente de esta destruccion.

El indio no era *salvaje*: la civilizacion europea no ha obrado sobre el *puro estado de naturaleza*, sino que ha obrado sobre la *civilizacion americana que empezaba*; si nada hubiese encontrado, hubiese creado alguna cosa; pero ha hallado costumbres, y las ha

destruido, y porque era mas fuerte no ha creído deberse mezclar á estas costumbres.

Preguntar qué se hubiera hecho de los habitantes de la América, si esta region hubiese escapado á las velas de nuestros navegantes, sería sin duda una cuestion inútil, pero altamente curiosa de examinar. ¿Habrian perecido en secreto, como aquellas naciones mas adelantadas en las artes, que, segun todas las probabilidades, florecieron antiguamente en las comarcas que riegan el Ohio, el Muskingum, el Teneseo, el Misisipi inferior y el Tumbec-bee?

Prescindiendo por un momento de los grandes principios del Cristianismo, y dejando aparte los intereses de Europa, un genio filosófico hubiera debido desear que los pueblos del Nuevo-Mundo hubieran tenido tiempo de desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones.

Estamos reducidos por do quiera á las gastadas formas de una civilizacion ya vieja (no hablo de las poblaciones de Asia, sumidas hace cuatro mil años en un despotismo que las perpetúa en la infancia). Háncese hallado entre los salvajes del Canadá, de Nueva-Inglaterra, y de las Floridas los principios de todas las costumbres y de todas las leyes de los griegos, romanos y hebreos: una civilizacion de naturaleza diversa de la nuestra, hubiera podido reproducir los hombres de la antigüedad ó hacer brillar luces desconocidas de un foco ignorado todavía. ¿Quién sabe si hubiéramos visto llegar un dia á nuestras costas algun otro Colon americano, que viniese á descubrir el Antigu-Mundo?

La degradacion de las costumbres indias, ha marchado al par de la despoblacion de las tribus. Las tradiciones religiosas se han hecho cada vez mas confusas: la instruccion, difundida primero por los misioneros del Canadá, ha mezclado ideas extrañas á las ideas nativas de los indígenas, y se descubren hoy á través de mil fábulas groseras, las creencias cristianas desfiguradas. La mayor parte de los salvajes llevan cruces por adorno, y los mercaderes protestantes venden lo que les daban los misioneros católicos. Digamos para honra de nuestra patria y gloria de nuestra religion, que los indios se habian aficionado extraordinariamente á los franceses, á quienes recuerdan sin cesar, y que un *ropaje negro* (un misionero), es venerado aun en las selvas americanas. Si los ingleses, en sus guerras con los Estados-Unidos, han visto alistarse bajo la bandera británica á casi todos los salvajes, es porque los ingleses del Quebec conservan aun entre ellos, algunos descendientes de los franceses y porque ocupan el país que *Onon-thio* (1) ha gobernado. El salvaje continúa temiéndonos en el suelo que hemos hollado, en la tierra en que fuimos sus primeros huéspedes, y donde hemos dejado sepulcros: sirviéndose de ella los nuevos poseedores del Canadá, permanece fiel á la Francia en los enemigos de los franceses.

Hé aquí lo que se lee en un *Viaje* hecho recientemente á las fuentes del Misisipi. La autoridad de este pasaje es tanto mayor, cuanto que el autor, en otra parte de su viaje, se detiene para argumentar contra los jesuitas de nuestros dias.

«En realidad los misioneros franceses, en general, se han distinguido siempre en todas partes por una vida ejemplar y conforme con su estado. Su buena fe religiosa, su caridad apostólica, su dulzura insinuante, su paciencia heroica y su ausencia de fanatismo y de rigorismo, determinan en estas comarcas, épocas edificantes en los fastos del Cristianismo; y al paso que los nombres de los Wilde, de los Vodiolla, etc., serán siempre execrados por los corazones verdaderamente cristianos, el de los Daniel, los Bre-

(1) *La gran montaña.* Nombre salvaje de los gobernadores franceses en el Canadá.

»beuf, etc., no decaerán nunca de la veneracion que la historia de los descubrimientos y de las misiones les consagró con justo motivo. De ahí esa predileccion que manifiestan los salvajes hácia los franceses; predileccion que naturalmente hallan en el fondo de su alma, alimentada por las tradiciones que sus padres han dejado en pró de los primeros apóstoles del Canadá, entonces la Nueva-Francia (2).»

Esto confirma lo que he escrito ya otras veces acerca de las misiones del Canadá. El carácter brillante del valor francés, nuestro desinterés, nuestra jovialidad, nuestro espíritu aventurero, simpatizan con el genio de los indios; pero es necesario convenir tambien, que la religion católica es mas á propósito para la educacion del salvaje, que la protestante.

Cuando el Cristianismo apareció en medio de un mundo civilizado, y de los espectáculos del paganismo, fue sencillo en su exterior, severo en su moral, metafísico en sus argumentos, porque se trataba de arrancar al error pueblos seducidos por los sentidos ó extraviados por sistemas filosóficos. Cuando el Cristianismo pasó de las delicias de Roma y de las escuelas de Atenas á las selvas de la Germania, se rodeó de pompas y de imágenes á fin de encantar la sencillez del bárbaro. Los gobiernos protestantes de América se han ocupado poco de la civilizacion de los salvajes, y no han pensado mas que en traficar con ellos; ahora bien: el comercio que acrecienta la civilizacion en los pueblos ya civilizados, y en los que la inteligencia ha prevalecido sobre las costumbres, produce la corrupcion en los pueblos cuyas costumbres son superiores á la inteligencia. La Religion es evidentemente la ley primitiva, y los padres Jogues, Lalle-mant y Brebœuf eran legisladores de una especie bien diversa de la de los contratantes ingleses y americanos.

Del mismo modo que se han confundido las nociones religiosas de los salvajes, se han alterado por la irrupcion de los europeos las instituciones políticas de estos pueblos. Los resortes del gobierno indio eran sutiles y delicados; el tiempo no los habia aun consolidado, y la política extranjera los ha roto fácilmente al tocarlos. Aquellos diferentes consejos equilibrando sus autoridades respectivas; aquellos contrapesos formados por los asistentes, los saquems, las matronas y los guerreros jóvenes, todo aquella máquina ha sido desordenada; nuestros presentes, nuestros vicios y nuestras armas, han comprado, corrompido ó muerto los personajes de que se componian aquellos distintos poderes.

Hoy las tribus indias son conducidas simplemente por un gefe; las que se han confederado, se reúnen algunas veces en dietas generales; pero ninguna ley arregla aquellas asambleas, y se separan casi siempre sin haber resuelto nada; tienen en sí mismas el sentimiento de su nulidad y el desaliento que acompaña á la debilidad.

Otra causa ha contribuido á degradar el gobierno de los salvajes, y ha sido el establecimiento de puestos militares americanos é ingleses en medio de los bosques. Allí un comandante se constituye el protector de los indios en el desierto; merced á algunos presentes hace comparecer á las tribus á su presencia; se declara su padre y el enviado de uno de los *tres mundos blancos*, pues los salvajes designan así á los españoles, franceses é ingleses. El comandante enseña á sus *hijos rojos* que va á fijar tales límites, á desmontar tal terreno, etc. y el salvaje acaba por creer que no es él el verdadero poseedor de la tierra de que se dispone sin su consentimiento; se acostumbra á mirarse como de una especie inferior al blanco, y consiente en recibir órdenes, y cazar y combatir por

(2) *Viaje de Beltrami.* 1825.

sus señores. ¿Qué necesidad hay de gobierno cuando no queda mas que la obediencia?

Natural es que las costumbres y los trajes se hayan perdido con la religion y la política, y que todo haya sido arrebatado á la vez.

Cuando los europeos penetraron en América, los salvajes vivían y se vestían del producto de la caza, y no hacían entre sí ningún negocio. Bien pronto les enseñaron los extranjeros á cambiarlas por armas, licores fuertes, diversos utensilios de menaje, telas groseras y adornos, algunos franceses, llamados *corredores de bosques*, acompañaron al principio á los indios en sus escursiones. Poco á poco se formaron compañías de comerciantes, que establecieron puestos avanzados y factorías en medio de los desiertos. Perseguidos por la avidez europea y la corrupcion de los pueblos civilizados hasta el fondo de sus bosques, los indios cambian en aquellos almacenes ricas peleterías por objetos de poco valor, pero que se han hecho para ellos de primera necesidad. No solamente trafican con la caza ya hecha, sino que disponen de la caza futura, como se vende una cosecha al pié de la era.

Estos anticipos acordados por los contratantes, sumen á los indios en un abismo de deudas, y desde entonces tienen todas las calamidades del hombre de nuestras ciudades, y todas las penurias del salvaje. Sus cacerías, cuyos resultados procuran exagerar, se transforman en una fatiga espantosa: llevan consigo á sus mujeres; y estas desgraciadas, empleadas en todos los ejercicios del campo, tiran de los trineos, van á buscar las reses muertas, adoban las pieles y curan las viandas. Véseles llevar á sus tiernos infantes, asidos al pecho y colocados sobre las espaldas, cargadas con pesados fardos. Cuando están en cinta y próximas al parto, para activarle y volver á emprender mas pronto su faena, aplican el vientre á una barra de madera elevada á algunos piés del suelo, y dejando caer sus piernas y cabeza, dan á luz una miserable criatura con todo el rigor de la maldicion: *In dolore paries filios!*

Resulta, pues, que habiendo entrado la civilizacion con el comercio, las tribus indias en lugar de desarrollar su inteligencia se han embrutecido. El indio se ha hecho pérfido, interesado, falso y disoluto; y su cabaña es un receptáculo de inmundicias y de basura. Cuando estaba desnudo, se cubria con pieles de bestias y tenia un aspecto arrogante é imponente; hoy los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, atestiguan solamente su miseria; es un mendigo á la puerta de una tesorería, no un salvaje en sus selvas.

Por último, se ha formado una especie de pueblo mestizo, hijo del comercio de los aventureros europeos y de las mujeres salvajes. Estos hombres, llamados *bosques quemados*, á causa del color de su piel, son agentes de negocios ó corredores de cambio entre los pueblos á quienes deben su doble origen, y hablando á la vez la lengua de sus padres y de sus madres, son los intérpretes de los traficantes con los indios y de estos con aquellos, participando de los vicios de ambas razas. Estos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje, se venden tan pronto á los americanos como á los ingleses, para entregarles el monopolio de las peleterías: ellos sostienen las rivalidades de las Compañías inglesas de la bahía de Hudson, del Nor-Oeste y de las compañías americanas; *Fur Colombian American company*, *Mi-souri's fur company*, y otras; además cazan por cuenta de los traficantes con cazadores asalariados por las compañías.

El espectáculo es entonces enteramente diferente del que presentan las cacerías indias: los hombres van á caballo, y hay furgones que transportan las viandas secas y las pieles: las mujeres y los niños son conducidos en una especie de carritos tirados por perros. Estos, tan útiles en las comarcas septentrionales,

son sin embargo una carga para sus amos, que no pudiendo alimentarlos durante el estío, los ponen á pension fijando el importe sus guardianes, contrayendo así nuevas deudas. Los *dogos* afamados salen algunas veces de su perrera, y cuando no pueden ir á caza van á pesca, viéndoseles abismarse en los rios y perseguir al pez hasta el fondo del agua.

En Europa no se conoce mas que aquella gran guerra de América que produjo la libertad de un pueblo; pero se ignora que ha corrido la sangre muchas veces por mezquinos intereses de mercaderes de pieles. La Compañía de la bahía de Hudson vendió en 1811 á lord Selkirk un dilatado terreno á la orilla del rio Rojo, y en 1812 se hizo el establecimiento. La Compañía del Nor-Oeste ó del Canadá sospechó de ella, y las dos compañías, aliadas á diferentes tribus indias, y secundadas por los *bosques quemados*, vinieron á las manos. Esta pequeña guerra doméstica, que fue horrible, tuvo lugar en los desiertos helados de la bahía de Hudson, y la colonia de lord Selkirk fue destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en el momento en que se daba la batalla de Waterloo. En estos dos teatros, tan diferentes por el brillo y la oscuridad, las desgracias de la especie humana eran las mismas. Las dos compañías aniquiladas han conocido que valia mas unirse que desgarrarse, y dirigen hoy de acuerdo sus operaciones por el Oeste hasta Colombia, y por el Norte hasta los rios que entran en el mar polar.

Reasumiendo: las naciones mas áttivas de la América Septentrional solo han conservado de su raza la lengua y el vestido, y aun este se ha alterado bastante. Lo único que han aprendido ha sido á cultivar un poco la tierra, y criar los ganados. El salvaje del Canadá se ha convertido en oscuro pastor de afamado guerrero; pero, pastor extraordinario, conduce sus yeguas con un rompe-cabezas, y sus carneros con flechas. Felipe, sucesor de Alejandro, murió de escribano en Roma; un iroqués canta y baila por algunas monedas en París; desviase la vista del dia siguiente al de la gloria.

Al trazar este cuadro de un mundo salvaje, al hablar incesantemente del Canadá y de la Luisiana, al examinar en los mapas antiguos la extension de las antiguas colonias francesas en la América, me acordaba una idea penosa y me preguntaba cómo habia podido dejar perecer el gobierno de mi país aquellas colonias, que en la actualidad serian para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

De la Acadia y del Canadá á la Luisiana, de la embocadura del S. Lorenzo á la del Misisipi, se extendía el territorio de la Nueva-Francia, lo que formó en su origen la Confederacion de los trece primeros Estados Unidos. Los otros once, el distrito de la Colombia, los territorios de Michigan, del Nor-Oeste, del Misuri, del Oregon, y de la Arkansa, nos pertenecian ó nos pertenecerian como pertenecen hoy á los Estados-Unidos, por la cesion de los ingleses y españoles, nuestros primeros herederos en el Canadá y la Luisiana.

Tómese como punto de partida entre los 43° y 44° de latitud Norte, en el Atlántico, al cabo Arena de la Nueva-Escocia, antiguamente la Acadia; y desde este punto tirese una línea que pasando por detrás de los primeros Estados-Unidos, Maine, Vernon, Nueva-York, Pensilvania, Virginia, Carolina y Georgia, vaya por el Teneseo á buscar el Misisipi y Nueva Orleans, y remontándose despues á los 29° (latitud de las bocas del Misisipi) suba por el territorio de Arkansa al del Oregon, y atravesando las montañas Rocallosas termine en la punta San-Jorge, en la costa del Océano Pacífico, hácia los 42° de latitud Norte: el inmenso país comprendido en esta línea, el mar Atlántico al Nord-Este, el mar polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Nor-Oeste, y el

golfo Mejicano al Sur, es decir mas de dos tercios de la América Septentrional, reconocerian las leyes de la Francia.

¿Qué habria sucedido si estas colonias hubiesen estado aun en nuestras manos en el momento de la mancipacion de los Estados-Unidos? ¿Se hubiera verificado? ¿nuestra presencia en el suelo americano la habria precipitado ó retardado? ¿La Nueva-Francia misma se hubiese declarado independiente? ¿Porqué no? ¿Qué mal hubiera habido para la madre-patria en ver florecer un inmenso imperio salido de su seno, imperio que extenderia la gloria de nuestro nombre y de nuestra lengua en otro hemisferio?

Poseríamos en la parte allá de los mares vastas comarcas que podrian ofrecer un asilo al excedente de nuestra poblacion, mercados considerables á nuestro comercio, y un fomento á nuestra marina; al paso que hoy nos vemos obligados á enterrar en nuestras prisiones criminales condenados por los tribunales, por no poseer un pedazo de tierra para trasladar á ella á esos desgraciados. Estamos excluidos del nuevo universo donde empieza el género humano. Las lenguas inglesa y española sirven en Africa, en Asia, en las islas del mar del Sur, y en el continente de ambas Américas, para la interpretacion del pensamiento de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de la conquista de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algunos pueblos de la Luisiana y del Canadá, sometidos á una dominacion extranjera, la lengua de Racine, de Colbert y de Luis XIV; habiendo quedado solo como un testimonio de los reveses de nuestra fortuna y de las faltas de nuestra política.

Así ha desaparecido la Francia de la América Septentrional, como aquellas tribus indias con las cuales simpatizaba, y de las cuales he descubierto algunos restos. ¿Qué ha acontecido en aquella América del Norte desde la época en que viajaba por ella? Necesario es decirlo: y para consolar á los lectores, voy en la conclusion de esta obra á hacer que fijen sus miradas en un cuadro milagroso, y á que aprendan lo que influye la libertad en la dicha y dignidad del hombre, cuando va acompañada de las ideas religiosas, y es á la vez inteligente y santa.

CONCLUSION.

ESTADOS-UNIDOS.

Si volviese hoy á los Estados-Unidos, no los conocería, pues allí donde dejé bosques, hallaría campos cultivados, y allí donde me abrí un camino á través de las malezas, viajaria por soberbios caminos. El Misisipi, el Misuri y el Ohio, no corren ya por tristes soledades; grandes navíos de tres puentes los remontan; mas de doscientos barcos de vapor vivifican sus orillas, y en el país de los Natchez se eleva una ciudad encantadora, de cerca de cinco mil habitantes, en el mismo sitio que ocupaba la choza de Celuta. Chactas podria ser hoy diputado en el Congreso, y dirigirse á casa de Atala por dos distintos caminos, uno de los cuales conduce á San Estéban sobre el Tumbec-bee, y el otro á los Natchitochés: un libro de postas le indicaria las once paradas: Washington, Franklin, Homochitt, etc.

La Alabama y el Teneseo están divididos, el primero en treinta y tres condados con veinte y una ciudades, y el segundo en cincuenta y un condados con cuarenta y ocho ciudades. Algunas de estas, tales como Cahawba, capital de la Alabama, conservan su denominacion salvaje, pero están rodeadas de otras de muy diferentes nombres. Los muscogulgos, simi-

noles, queroqueses y chicascas tienen una Atenas, un Maraton, una Cartago, una Menfis, una Esparta, una Florencia, una Hampden y condados de Colombia y de Marengo: la gloria de todos los países ha cedido un nombre á aquellos mismos desiertos en que encontré al padre Aubry y á la oscura Atala.

El Kentucky posee un Versailles, y un condado llamado *Borbon* tiene por capital á París. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á América, han llevado á ella la memoria de su patria:

..... Falsi Simoentis ad undam,
Libabat cineri Andromache.

Los Estados-Unidos ofrecen en su seno, bajo la proteccion de la libertad, una imágen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigua y de la moderna Europa, á semejanza de aquel jardín de la campiña de Roma donde Adriano habia hecho repetir los diversos monumentos de su imperio.

Debe observarse que apenas hay un condado que no encierre una ciudad, pueblo ó aldea de Washington; unanimidad tierna del reconocimiento de un pueblo.

El Ohio riega actualmente cuatro estados; el Kentucky, el Ohio propiamente dicho, el Indiana y el Ilinés, todos los cuales envían al Congreso treinta diputados y ocho senadores: la Virginia y el Teneseo tocan al Ohio por dos puntos, y cuenta en sus riberas ciento noventa y un condado y doscientas ocho ciudades. Un canal que se abre no lejos de sus cascadas y que estará terminado dentro de tres años, lo hará navegable hasta Pittsburgo por navíos de alto bordo.

Treinta y tres caminos reales parten de Washington, como en otro tiempo partían de Roma sus vías famosas, y terminan dividiéndose en otras mil en la circunferencia de los Estados-Unidos. Por este medio se va de Washington á Dover, en la Delaware; de Washington á la Providencia, en el Rhode-Island; de Washington á Robbinstown, en el distrito del Maine, frontera de los Estados Británicos hácia el Norte; de Washington á Concordia; de Washington á Montpelier, en el Connecticut; de Washington á Albany, y de allí á Montreal y á Quebec; de Washington al Havre de Sackets, en el lago Ontario; de Washington á la catarata y al fuerte del Niagara; de Washington por Pittsburgo; al distrito de Michillinachinac, en el lago Erié; de Washington, por San Luis en el Misisipi, á Council-Bluffs del Misuri; de Washington á la Nueva-Orleans y á la embocadura del Misisipi; de Washington á los Natchez; de Washington á Carlestown, á Savannah y á San Agustín, formando el total una circulacion interior de caminos de veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas.

Véase por los puntos en donde se unen estas rutas, que recorren sitios anteriormente salvajes, y hoy cultivados y habitados; y en una gran parte de estas rutas hay montadas postas, conduciendo de un sitio á otro cómodos carruajes públicos á precios módicos. Tómase la diligencia para el Ohio ó para la catarata del Niagara, como en otro tiempo se tomaba un guía ó un intérprete indio.

Los caminos de travesía vienen á empalmar con las vías públicas, y como estos, están igualmente provistos de medios de transporte. Estos son casi siempre dobles, porque encontrándose lagos y rios por todas partes, puede viajarse en barcos de remo, de vela, ó de vapor.

Varias embarcaciones de esta última especie hacen travesías regulares de Boston y de Nueva-York á Nueva-Orleans, hallándose igualmente establecidas en los lagos del Canadá; Ontario, Erié, Michigan y Champlain; lagos donde apenas se veían hace treinta años